

# editorial

*La preocupación por el alcance de la noción de “lo público” no es nueva. Desde comienzos de la Modernidad y en forma conjunta con el auge de los medios de comunicación, hasta los cuestionamientos a la televisión que todo lo arrastraba hacia el living de cada casa, atomizando a los sujetos, el paisaje cambió cualitativamente: se han desvanecido ideas como compartir un espacio común, la interacción cara a cara y el intercambio dialógico entre los participantes, como requisitos para definir un acontecimiento público.*

*Si a lo largo de todo el siglo XX las posturas apocalípticas o integradas acerca del rol del Estado y de la influencia de la televisión en el ámbito de los debates públicos —quizás muy bien representadas por las antagónicas definiciones del “Gran Hermano” de la novela de George Orwell (1948) hasta la versión reciente del reality del mismo nombre— monopolizaron la discusión, el nuevo milenio nos sorprende con fenómenos que trascienden y erosionan, una vez más, las barreras entre lo público y lo privado y nos hacen reconsiderar ambas nociones.*

*Asistimos a la transformación de un mundo hacia otro, de una forma anclada en un modelo lineal de comunicación masiva, centralizado, hegemónico, hacia otro tipo de organización en que las personas y grupos pueden autogestionar sus encuentros al convertirse en productores y consumidores de sus propios mensajes, sean para pocos o para muchos, sin la mediación de la empresa periodística; las actuales redes habilitan la personalización de la comunicación y la multiplicación de las relaciones.*

*Hoy, las tecnologías digitales, info-comunicacionales, reticulares, están poniendo en jaque la preeminencia de la linealidad. Redes, mensajes de texto, telefonía móvil, blogs, microblogs, entre otros, se vuelven prota-*

*gonistas de las disputas de sentido y de la construcción de subjetividad, entendida como forma de ser y estar en el mundo, en tanto dispositivos que interpelan simultáneamente los cada vez más difusos universos individuales, colectivos, virtuales, próximos o distantes. A la vez, proponen desafíos para pensar las relaciones que por y a través de ellos tienen lugar, pero también resulta imprescindible analizar cómo modifican y de qué manera se reconfiguran otros modos de estar juntos, ya sea para visibilizar un reclamo o, simplemente, la manera de habitar el barrio y la ciudad.*

*En otras palabras, se trata de vislumbrar las socialidades emergentes en la virtualidad, las modificaciones de las prácticas de co-presencialidad, los múltiples entrecruzamientos entre ambas, las experiencias que en ellas se viven y los sentidos construidos en torno de esto.*

*Tanto los usos y apropiaciones de los espacios y territorios, como la arena de disputa política (como cuestionamiento a todas las formas de poder), la noción del Estado, las relaciones entre sujetos y grupos, la vida colectiva y la de cada individuo, las relaciones entre las familias y entre los países, el modo de presentarse ante los demás (ya sea a través de palabras o imágenes), así como los modos de construir estas categorías, se han transformado vertiginosamente desde la proliferación de tecnologías digitales. Por último, creemos que no son menores los impactos diferenciales que construyen jóvenes y adultos en torno de estos escenarios, o incluso, el modo en que la pantalla grande pretende representar los nuevos límites.*

*El eclipse de lo político que preocupaba a los intelectuales durante el apogeo neoliberal, conjugado con la proliferación del modelo comercial de televisión parece estar quedando atrás; las desventuras de lo público estarían llegando a su fin.*